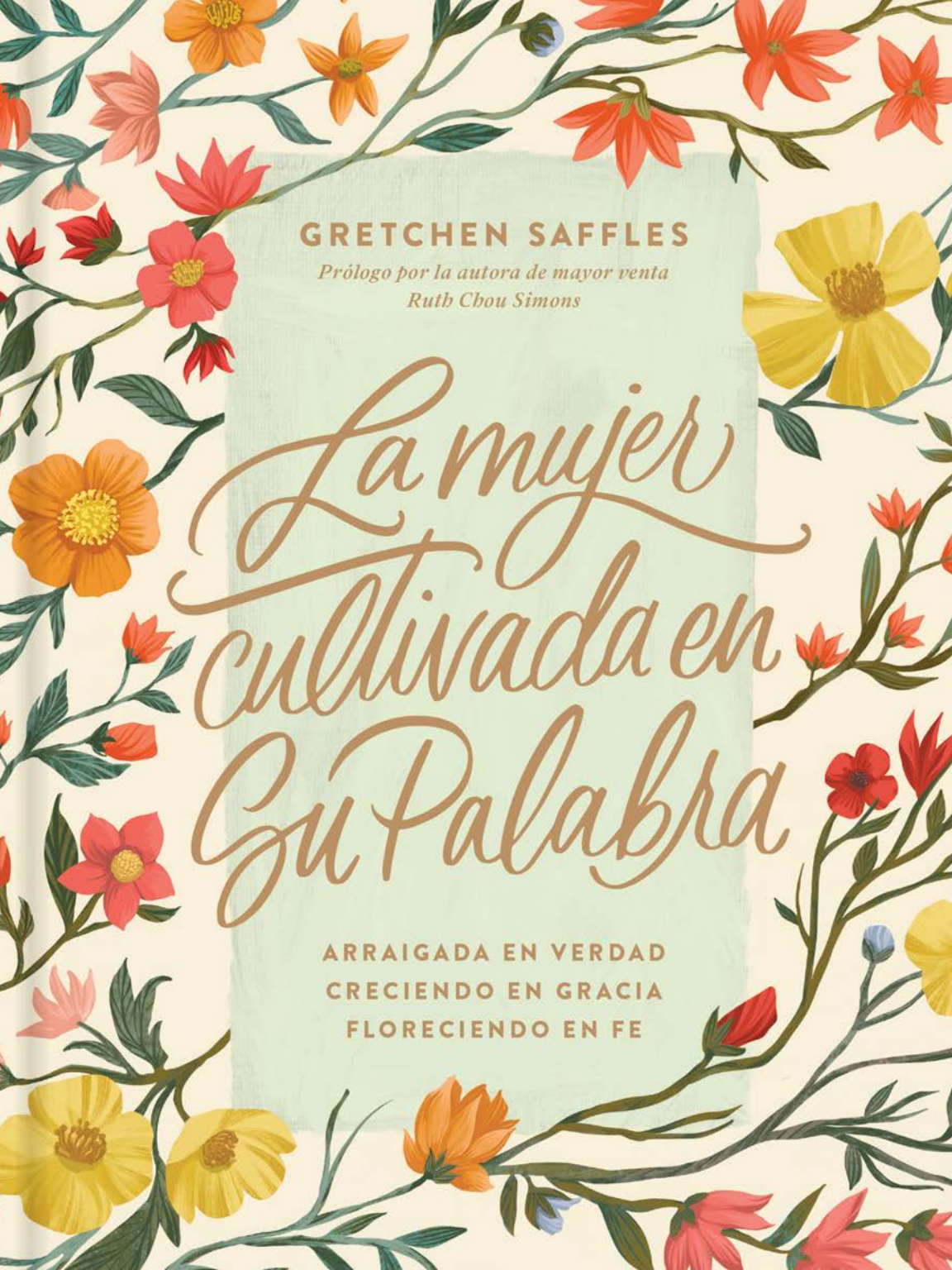

GRETCHEN SAFFLES

Prólogo por la autora de mayor venta
Ruth Chou Simons

La mujer cultivada en Su Palabra

ARRAIGADA EN VERDAD
CRECIENDO EN GRACIA
FLORECIENDO EN FE

GRETCHEN SAFFLES

Prólogo por la autora de mayor venta
Ruth Chou Simons

La mujer cultivada en Su Palabra

ARRAIGADA EN VERDAD
CRECIENDO EN GRACIA
FLORECIENDO EN FE

Visite Tyndale en Internet: tyndaleespanol.com y BibliaNTV.com.

Visite la página en línea de la autora en wellwateredwomen.com.

Tyndale y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

La mujer cultivada en su Palabra: Arraigada en verdad, creciendo en gracia, floreciendo en fe

© 2022 por Gretchen Saffles. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2021 como *The Well-Watered Woman: Rooted in Truth, Growing in Grace, Flourishing in Faith* por Tyndale House Publishers con ISBN 978-1-4964-4545-2.

Título escrito a mano por Sarah Brown de Lovely Lettering Co. © Well-Watered Women. Todos los derechos reservados y usado con permiso.

Ilustración de la portada y el interior © por Heather Powers. © Tyndale House Ministries. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © por Allison J. Naylor Photography. Todos los derechos reservados.

Diseño: Libby Dykstra

Edición en inglés: Stephanie Rische

Traducción al español: Patricia Cabral

Edición en español: Remedios Lérida de Richard

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con DHH han sido tomadas de la versión Dios habla hoy® – Tercera edición © Sociedades Bíblicas Unidas 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Usada con permiso.

Las citas bíblicas indicadas con LBLA han sido tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Las citas bíblicas indicadas con NVI han sido tomadas de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*,® *NVI*.® © 1999 por Biblica, Inc.® Usada con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas bíblicas indicadas con RVR95 han sido tomadas de la Reina-Valera 95® © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995. Usada con permiso.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

ISBN 978-1-4964-6163-6

Impreso en China
Printed in China

28 27 26 25 24 23 22
7 6 5 4 3 2 1

A las mujeres cultivadas en su
Palabra de todo el mundo:
Ustedes son las manos y los pies de Jesús
(y la razón por la que escribí este libro).
Sigan entregándole su vacío,
recibiendo su plenitud
y compartiéndola con el mundo.
Y a mi mamá, quien ha vivido fielmente
este mensaje ante mis ojos
a través del dolor y de la tristeza,
a través del gozo y de cada día por venir.
Eres un don de la gracia para mí.
Eres la mujer cultivada en su Palabra.

CONTENIDO

Prólogo *vii*

INTRODUCCIÓN *Comenzar por el final* *1*

PRIMERA PARTE **EL POZO**

CAPÍTULO 1 *No estoy bien. ¿Eso está bien?* *17*

CAPÍTULO 2 *Las raíces de la identidad* *33*

CAPÍTULO 3 *Entrega tu vacío* *53*

CAPÍTULO 4 *Morir para vivir* *67*

CAPÍTULO 5 *Renuncia a los pozos rotos* *87*

CAPÍTULO 6 *En cualquier lugar, menos aquí* *103*

SEGUNDA PARTE **LA PALABRA**

CAPÍTULO 7 *La Palabra antes que el mundo* *123*

CAPÍTULO 8 *Brotar de las cenizas* *137*

CAPÍTULO 9 *El arte de morar* *153*

CAPÍTULO 10 *En cada época* *173*

CAPÍTULO 11 *La batalla de toda la vida* *195*

TERCERA PARTE EL CAMINO

CAPÍTULO 12 *Arranca el pecado* 215

CAPÍTULO 13 *Guiar como seguidora* 233

CAPÍTULO 14 *Los entrelazamientos del evangelio* 245

CAPÍTULO 15 *Tu misión es ahora* 265

CAPÍTULO 16 *Al revés y cultivada en su Palabra* 279

Las declaraciones de la mujer cultivada en su Palabra 297

Agradecimientos 300

Notas 303

Acerca de la autora 308

PRÓLOGO

Yo solía pensar que era la única a quien le costaba mucho leer la Biblia.

Observaba a las mujeres santas, a quienes admiraba pero no conocía personalmente, y completaba mi propia narrativa de cómo sería tener una relación vital con Dios:

De seguro pasa tres horas al día estudiando su Biblia.
Apuesto a que aprendió de memoria largos pasajes de las Escrituras.
Sus hijos no hacen berrinches ni se pelean mientras ella trata de leer la Biblia.
Probablemente, no se distraiga como yo.
¿Cómo hace para extraer tanto de la Biblia?
De seguro tengo algún defecto.

¿Acaso no es típico del enemigo sabotearnos el premio de conocer a Jesús con el espejismo de «hacer bien las cosas»? Cuando las personas se enteran de que pinto inspirada en las Escrituras y que escribo para mujeres cristianas, siempre dan

por sentado que me resulta fácil dedicar tiempo a la Palabra, o que lo hago naturalmente. Me imaginan sentada en la galería trasera de mi casa, relajada y rodeada de lujos, con mi Biblia y mis comentarios abiertos (acompañada por el canto de los pájaros, la música de adoración que suena, y con un pincel cargado de acuarela brillante, preparado y disponible, por si estoy inspirada). Y, en ocasiones, así es (tal vez, una o dos veces al año). Pero, la mayoría de los días, el tiempo que paso con Dios y con su Palabra es más como esto:

Me restriego los ojos para borrarme el sueño, oro primero por el deseo (y confieso mi falta) de abrir mi Biblia, solo para dejarla porque tengo que resolver alguna interrupción de mis hijos, retomo lo que hacía, escribo notas, subrayo algún pasaje que no entiendo, saco al perro (otra vez), y regreso a ello varias horas más tarde, olvidando dónde había empezado esa mañana.

Algunos días... algunas épocas... no resplandecen de manera visible con flores llamativas y perfumadas.

Hace unos años, mientras regaba las plantas que aún no habían florecido en el alféizar de mi ventana, anoté estas palabras que vinieron a mi corazón: No tienes que florecer para ver que estás creciendo. Yo atravesaba una dolorosa etapa de crecimiento, que parecía interminable de tanto quitar malezas, podar, regar y cultivar. Y no había demasiadas flores.

Fue en esa época que el Señor me enseñó a desearlo a él más que a la productividad. Me mostró la riqueza de su provisión cuando yo quería resultados rápidos. Aquietó mi corazón

recordándome mi identidad en Cristo cuando yo creía que necesitaba asegurar mi identidad en otra parte. Me abrió los ojos a su fidelidad aun en mi infidelidad. Dios me cultivó en plena época de no crecimiento, instruyéndome a través de su Palabra.

Fue más o menos en la misma época en la que Gretchen y yo nos conocimos por Internet. Aunque sucedió años antes de que nos encontráramos personalmente, supimos que éramos hermanas gemelas en el Señor, deseosas por usar nuestros dones y talentos para guiar a muchos corazones de regreso a Cristo. Ambas éramos creativas y prestábamos atención a cómo Dios declara su gloria y nos atrae hacia él mediante la belleza, la creación y su Palabra.

Durante años, he observado cómo Gretchen guía y se enfoca en la misión de alentar a las mujeres para que indaguen profundamente en la Palabra de Dios. La he visto ser un modelo de esto, compartir su vulnerabilidad durante las épocas difíciles y orientar constantemente a otros hacia la fidelidad de Dios. En ella y por medio de ella, Dios ha escrito una historia que no se trata de ella, sino de la atención y del cuidado divino. Y, a lo largo de estas páginas, Gretchen nos guía una y otra vez de regreso a la única fuente de vida y de santidad: el agua viviente de la Palabra de Dios.

La Biblia no es una fórmula, una solución rápida ni un plan estratégico de autoayuda; es una carta de amor que transforma vidas, que salió del corazón de Dios para ti y para mí. En una era

en la que tantas personas buscan superarse a través de métodos mundanos, nosotras, como seguidoras de Cristo, debemos aferrarnos a esta verdad: «La hierba se seca y las flores se marchitan, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre» (Isaías 40:8).

El alma anclada en la esperanza descubierta en la vida, la muerte y la resurrección de Cristo siempre florecerá donde esté plantada. Esa es mi única esperanza. Es la única esperanza de Gretchen. Mi oración por ti, ahora que inicias el recorrido por las páginas de este libro, es que también encuentres tu esperanza en Cristo (sostenida por su Palabra, transformada a su semejanza, y con una floración fecunda en su debida época), comenzando en el preciso lugar donde estás.

RUTH CHOU SIMONS
Autora de *GraceLaced* y *Beholding and Becoming*;
fundadora de GraceLaced.com

INTRODUCCIÓN

COMENZAR POR EL FINAL

La vida en esta tierra es importante, no porque sea la única vida que tenemos, sino precisamente porque no lo es: se trata del comienzo de una vida que continuará sin fin.

RANDY ALCORN

Estaba peligrosamente al borde de la muerte cuando la encontré, aferrada a sus últimas bocanadas de vida, debilitada por la deshidratación y el descuido. Parecía que reanimarla era inútil. La levanté con ternura y corrí al fregadero de la cocina para que bebiera la cantidad de agua que necesitara. Solo el tiempo diría si mi plantita lograría sobrevivir, así que comencé a esperar.

Sentí remordimiento cuando vi las arrugadas hojas caídas. Por descuido, había puesto a mi delicada planta moteada en un rincón de un cuarto de la casa donde las persianas suelen permanecer cerradas. Por el ajetreo diario de cuidar a mis niños, ocuparme de mi trabajo, mantener el ritmo de la casa y tratar

de sobrevivir a la rutina, me olvidé completamente de ella. En muchos sentidos, mi vida era como esa planta cuando la encontré a un paso de la muerte. Así como mi planta de interior se marchitaba por falta de atención, luz y agua, yo también languidecía. Por fuera, mi vida parecía estar en orden, pero mi alma no recibía la atención que necesitaba. La ansiedad acechaba en todas partes y me daba cuenta de que afrontaba temores e implacables preguntas sobre situaciones imaginarias.

No era la primera vez que me notaba marchita, seca y arrugada. Mi planta sirvió como un recordatorio desgarrador de que la vida cultivada en su Palabra no sucede sin querer ni se produce de la noche a la mañana. Más bien, hay que luchar por tener una vida cultivada en su Palabra, invertir en ella y cuidarla con amor. Es el tipo de vida para la que fuimos creados y la clase de vida que Jesús vino a dar.

La obra redentora de Dios en nuestra vida es un recorrido lento, que se realiza, en su mayoría, de maneras invisibles. El crecimiento rara vez es elegante; más bien, se forja en las colinas escabrosas de la dificultad, en los valles del dolor y en los senderos neblinosos de la espera. Está marcado por un movimiento gradual hacia Cristo, en medio de los momentos desordenados y tediosos de la vida. Si esperas que la vida sea perfecta, te decepcionarás todo el tiempo. Pero si aceptas la lucha, con la mirada fija en Jesús, te rendirás a tu Salvador y encontrarás en él la perfección que anhelas. Él trabaja mientras tú esperas, creando una obra maestra a partir de tu caos. En

otras palabras: la vida no siempre será fácil, pero Dios siempre es bueno.

CUANDO LLEGA AL FINAL

Como mi pobre planta, puede que hayas llegado a un punto en tu vida que parece terminal. No hay señales de esperanza y la recuperación se ve como una posibilidad muy remota, en el mejor de los casos. No sé cuál sea tu situación; quizás sea el fin de una etapa o el desenlace de una relación. Tal vez, estés frente a lo que parece un callejón sin salida, o en la encrucijada de una decisión que debes tomar. Puede que estés llegando al límite de tus capacidades, de tus recursos, o que estés concluyendo el sueño que alguna vez abrigaste. O, quizás, estés al límite de tu paciencia y te preguntes cómo prevalecerá la bondad de Dios sobre la maldad de la vida.

Pero con los finales viene un regalo escondido. Con cada final llega un nuevo comienzo. Cuando llega, recibes la nueva oportunidad de comenzar otra vez. Únicamente cuando llegues a tu fin, cuando estés reseca y arrugada, te darás cuenta del origen de la vida verdadera. Nunca podemos conocer el gozo de florecer sin experimentar la desesperación de la languidez. Apartadas de Jesús, estamos espiritualmente muertas, apagadas, vencidas por la mala hierba del pecado. Pero, cuando llegamos al final de nosotras mismas, podemos encomendarnos completamente a Cristo, ser hechas nuevas y liberadas.

Cada desenlace en mi vida trajo aparejado un nuevo

comienzo que no hubiera sido posible sin el cierre del capítulo anterior. El fin del orgullo produce humildad. El fin de la envidia genera amor. El fin de una época trae una nueva oportunidad de ver la fidelidad de Dios. Es en estos finales donde empieza la verdadera vida. Cada final que enfrenté no fue en realidad el desenlace de mi historia; fue el comienzo de conocer más plenamente a Jesús, una flecha que me señaló el final esperanzador que aún está por venir.

Y, a una escala mayor, el fin de nuestro tiempo en la tierra significa el mejor comienzo de todos. Al final, cada error será corregido; cada dolor, curado; cada sufrimiento, redimido; y cada adversidad, aliviada. Toda lágrima será secada; cada pregunta, respondida; cada desierto se transformará en un huerto productivo y cada corazón roto, será sanado (ver Apocalipsis 21:1-6). El final de la historia será aún mejor que el comienzo, y está lleno de esperanza.

Así que, si sientes que estás acabada o cerca de tu final, en realidad, estás en el lugar perfecto. Porque, cuando estés acabada, encontrarás el comienzo perfecto en Cristo.

PARA LA MUJER QUE SE SIENTE SECA

Escribí este libro para la mujer que necesita empezar de nuevo. Se siente desanimada porque no crece en su fe. Está cansada de intentar demostrar cuánto vale y se siente estancada en el fango de lo trivial. Asiste a la iglesia, pero sabe que su Biblia acumula polvo en el estante durante la semana. Ella quiere profundizar

y amar más a Jesús, pero no sabe *cómo* avanzar. Se siente seca por dentro.

Este libro es para la mujer que desea una vida abundante en Cristo, pero también se sorprende a sí misma ansiando más de este mundo: más reafirmación, más dinero, más logros, más placer. Anhela abrazar la gracia de Cristo, pero le cuesta hacerla realidad cuando su hijo hace un berrinche, cuando su compañera de habitación la traiciona, cuando su colega la calumnia o cuando sus emociones se desatan y terminan en una rabieta.

Escribí esto para la mujer que ha llegado tantas veces al límite de su paciencia, que está a punto de darse por vencida. Se descubre caminando fatigosamente como en una rueda de hámster pero, en la vida, agotando toda su energía sin llegar a ninguna parte. No sabe cómo pasar de la vida reseca a la vida rebosante que Jesús ofrece.

Escribí este libro para cada mujer que quiere más de Jesús en su vida diaria, pero que lucha por concretar este deseo.

Pero también lo escribí para mí porque yo soy esa mujer. Soy la mujer que ha corrido incansablemente por conseguir un premio que está fuera de su alcance y que, a la larga, no la satisface. Soy la mujer que ha buscado el sentido y el propósito en lo que puedo lograr, solo para quedarme sin nada. Soy la mujer que jadea, exhausta, por ir tras la perfección. Soy la mujer que ha tratado de beber de un pozo vacío, anhelando el agua de vida mientras tragaba temor, ansiedad y pánico.

Soy la mujer reseca.

LA MUJER CULTIVADA EN SU PALABRA: ¿QUIÉN ES?

Puedo asegurar que ninguna de nosotras emprende un camino para terminar marchita y acabada. Es algo que sucede gradualmente y, un día, nos sorprende descubrir cuán desesperadas y sedientas estamos. Sé que este ha sido mi caso.

Crecí en la iglesia, pero a mis veintitantos años, descubrí que aún no estaba segura de qué era seguir a Cristo en la vida diaria. Quería algo más que la clase de fe de «abrir la Biblia una vez por semana y luego dejarla acumulando polvo». El Jesús del que leía en la Biblia era alguien que merecía todo, o que no merecía nada. Vivir como si él solo valiera «algo» no servía. Me di cuenta de que anhelaba no solo unas escasas gotas de agua de vez en cuando, sino un torrente profundo y vivificante que nutriera el alma.

Aprendí que es imposible llegar a ser una mujer floreciente y de raíces profundas si abro mi Biblia solo de vez en cuando. No puedo tener expectativas de prosperar cuando mi alma sedienta desea beber de pozos vacíos durante el día, mientras que el Pozo del agua de vida me invita a acercarme y beber de la verdad que satisface para siempre. Así como me lo recuerda mi plantita, convertirme en la mujer cultivada en su Palabra no es una meta a tildar en mi lista de pendientes; más bien, es un modo de vida.

La mujer cultivada en su Palabra no es una mujer perfecta. Se alimenta de la gracia inmerecida de Dios, no de sus ambiciones de ser una «buena chica». Reconoce que el bien que

hay dentro de ella viene únicamente de Dios (ver Salmo 16:2; Gálatas 5:22-23). Jesús la ha librado de sus errores pasados y ella vive como una nueva creación (ver 2 Corintios 5:17). Él le ha dado un nuevo comienzo y su misericordia la impulsa cada día hacia delante en amor y en obediencia. Ha llegado al final de sí misma y encontró un nuevo comienzo en Jesús. Su futuro está asegurado y su vida nueva es la más esperanzadora de todas: la eternidad con Cristo.

La meta de la mujer cultivada en su Palabra no es *ser* alguien, sino *conocer* a alguien: aquel que cambia todas las cosas. Sus ambiciones y sus sueños son transformados por Jesús en la medida que le muestra, día a día, la mejor manera de vivir. Mientras realiza su búsqueda diaria de conocer a Jesús, se transforma en ese alguien que Dios se propuso crear en ella: la mujer cultivada en su Palabra.

TRAE TU CUENCO VACÍO

En definitiva, ser «cultivada en su Palabra» no se trata solo de absorber el agua suficiente; también se trata de *dónde* proviene el agua. Si nuestra sed es temporalmente saciada por el agua proveniente de un origen contaminado, no creceremos ni prosperaremos, por más que la tierra esté mojada. Para la mujer cultivada en su Palabra, la persona de Jesús es el Pozo del que ella bebe todos los días. Él es la fuente de esperanza, salud, paz y propósito. Él es el agua de vida que sacia para siempre el alma sedienta y llena su cuenco vacío.

La mujer cultivada en su Palabra no puede existir lejos de la gracia de Dios. Lo sé porque lo he probado. Solía pretender llenar mi cuenco con los pozos secos y las promesas vacías de este mundo. Buscaba el propósito y la felicidad en mis logros, pero, por mucho que me esforzara, nunca era suficiente. Ponía toda mi energía en agradar a los demás, pero nunca estaban complacidos. Ansiaba lo que este mundo tiene para ofrecer, pero eso nunca me daba paz. Fue hasta que miré a Jesús que encontré la satisfacción que anhelaba.

La promesa que se encuentra en Isaías 58:11 cambió todo para mí. La primera vez que leí este pasaje, me pareció demasiado bueno para ser cierto: «El SEÑOR te guiará siempre; te saciará en tierras resecas, y fortalecerá tus huesos. Serás como jardín bien regado, como manantial cuyas aguas no se agotan» (NVI). Este versículo proviene de un contexto en el que Dios llama a los israelitas de la vida reseca a la vida de obediencia y abundancia en él.

En el momento que lo leí, atravesaba a duras penas una oscura noche del alma. Por fuera, parecía que tenía todo resuelto, pero por dentro, me consumía. Confiaba en lo «bueno» que podía encontrar en mí misma más que en la bondad de Dios, y estaba marchitándome en tierras resecas.

Pero Jesús no me dejó allí. Abrió mis ojos y me vi como la mujer reseca de Juan 4 (la que conoció a Jesús en el pozo y aceptó su ofrecimiento del agua del Pozo que nunca se seca). Esta mujer había buscado agua de un manantial pasajero, pero

eso no impidió que Jesús la buscara a ella. Y no impidió que me buscara a mí, tampoco. Me ofreció el agua viva como lo hizo con la mujer junto al pozo, y no he sido la misma desde entonces.

Por lo tanto, si tu cuenco está vacío, llegaste al lugar correcto. Necesitas reconocer que tienes sed, antes de que puedas beber del Pozo que siempre sacia y que nunca se agota.

EN BUSCA DE UN BUEN FINAL

A lo largo de este libro, haremos un viaje de crecimiento en Cristo, un recorrido hacia la vida cultivada en su Palabra. Este libro está desglosado en tres partes distintas que describen a la mujer cultivada en su Palabra: «El Pozo», «La Palabra» y «El Camino».

«El Pozo» es el punto de partida en el cual el evangelio es sembrado en tu vida y sus raíces se establecen en la verdad. Es aquí donde tu identidad se cimienta en el evangelio, donde empiezas a entender quién es Dios y la realidad de quién eres en él. El terreno de tu alma será cultivado para que puedas aprender a estar más que «bien» en Cristo, comprender qué significa morir a ti misma, y encontrar gozo y propósito en el lugar donde estás plantada.

La siguiente parte, «La Palabra», representa el crecimiento en Cristo. La mujer cultivada en su Palabra *siempre* está creciendo, cambiando y transformándose para asemejarse a Jesús. Él, quien es la Palabra, es nuestra fuente de crecimiento.

Descubrirás qué significa poner la Palabra antes que el mundo, cómo despertar tu amor por Jesús y predicar la Verdad (con «V» mayúscula) a tu corazón.

La última parte, «El Camino», representa el florecimiento y el prosperar en Cristo. Observaremos cómo la obediencia y el amor a Jesús afectan nuestra manera de pensar, de actuar y de abordar la vida cotidiana. Aquí es donde lo que fue sembrado y alimentado comienza a producir fruto, el resultado natural de una vida cultivada en su Palabra.

Al inicio de cada capítulo, encontrarás «La historia de una mujer sedienta». Estas historias son cuadros de las luchas reales que enfrentamos como mujeres. Podrán variar los detalles de tu propia historia, pero espero que te identifiques con los sentimientos fundamentales en ellas porque la mujer reseca eres tú, al igual que yo. Todas nos hemos secado en algún punto, pero Jesús no quiere que nos quedemos así. Él vino a ofrecernos una vida abundante. Al final de cada capítulo, mi esperanza es que veas cómo esta mujer, que nos representa a todas, puede ser transformada en la mujer cultivada en su Palabra, cuando encuentra su esperanza en Jesús.

TU NUEVO COMIENZO EMPIEZA *AHORA*

Milagrosamente, menos de veinticuatro horas después de que regué mi planta descuidada, revivió. Mientras escribo estas palabras, está posada junto a una ventana abierta, erguida y creciendo saludable. Esta planta recibió un nuevo comienzo,

un borrón y cuenta nueva. Lo mismo sucede con tu historia. Es posible que ahora mismo estés seca, pero ese no tiene por qué ser tu destino final. A lo largo de este viaje, hay gracia que puedes aprovechar, paz a la cual aferrarte y promesas por excavar.

Florecer en Jesús se trata de abandonar la fe superficial a cambio de un andar más profundo con él. Él no es una parte de tu personalidad; *es* tu vida (ver Colosenses 3:4). Seguir a Jesús no se trata de lograr la perfección ni de llegar a un destino específico. No tiene que ver con organizar tu vida ni con evitar el dolor y las pruebas. Se trata de encontrar la esperanza y la paz infinitas, y las fuerzas en Jesús para superar los desafíos que enfrentas y prosperar en el lugar donde fuiste plantada. Como mujer cultivada en su Palabra, tu vida no será perfecta, pero estará llena de esperanza, rebosará de propósito y se alimentará de la gracia.

Por causa de Cristo, tu historia ha sido reescrita, redefinida y redimida. Tu meta final es una vida cultivada en su Palabra, abundante y rebosante. Entonces, no pierdas el tiempo obsesionada por cuánto se ha resecado tu fe. En lugar de eso, bebe del Pozo hasta saciarte y aférrate a la gloria de comenzar de nuevo.

PRIMERA PARTE

EL POZO

El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás,
sino que el agua que yo le daré se convertirá en él
en una fuente de agua que brota para vida eterna.

JUAN 4:13-14, LBLA (ÉNFASIS AÑADIDO)

JESÚS, EL POZO, llena el hueco vacío de nuestra alma. Nos encuentra en el lugar donde estamos (en pecado, avergonzadas y afligidas) y nos ofrece la salvación.

El Pozo representa el momento en el que conoces a Jesús y le entregas tu vida. Su llegada al Pozo no es un acontecimiento puntual. Cada día, nuestro corazón tiene sed y se seca, y solo Jesús brinda el tipo de agua de vida que lo satisface siempre. Por más vacío que esté su cuenco, del Pozo siempre brota agua. La mujer cultivada en su Palabra se derrama todos los días y regresa al Pozo una y otra vez para encontrarse con Jesús. Sin importar en qué parte del recorrido estés, el Pozo siempre está disponible para refrescarte y revivir. Ya sea que te encuentres en una época de abundancia o en una de sequía, corre al Pozo del agua de vida a buscar la satisfacción verdadera para tu alma y tu propia supervivencia.

Tu recorrido de fe comienza cuando la semilla del evangelio es plantada en tu corazón y echa raíces en el terreno de tu alma. Cuando Dios siembra la semilla, la invita a morir a sí misma para que reciba la nueva vida en él. Este arraigamiento profundo de las raíces de tu fe es un proceso continuo de crecimiento en conocer quién es Dios y cómo el hecho de conocerlo cambia todo lo relacionado con tu vida.

A lo largo de las Escrituras, el pozo es un símbolo de abundancia, provisión y vida. Así como los pozos abastecen para una necesidad práctica (el agua para la sed física), manifiestan a

Jesús, quien provee agua de vida para el alma sedienta. Cuando es plantada por Dios en el alma infértil, la semilla del evangelio satisface y sustenta a la mujer cultivada en su Palabra al pasar por los sufrimientos, las tempestades y las celebraciones de la vida.

Encuéntrame en el Pozo de la Gracia

Encuéntrame en el Pozo de la Gracia,
de donde fluyen las aguas de vida,
para saciar tu corazón sediento
y satisfacer tu alma.

Ven tal como eres,
quebrantada, derrotada y herida.
Recibe su amor infinito
y escucha la Buena Noticia.

Trae tu cuenco vacío,
el que has tratado de llenar
con tesoros de este mundo,
que vacía te dejaron.

No es el agua que conoces;
es el agua que gratuitamente él da.
Revivirá tu alma sin vida
para que puedas vivir de verdad.

Bebe hasta saciarte del Pozo
que nunca se agotará.
Aférrate a su Palabra de verdad.
Entonces, con tu vida lo adorarás.

CAPÍTULO 1

NO ESTOY BIEN. ¿ESO ESTÁ BIEN?

La raíz más profunda de la femineidad
es la esperanza en Dios.

JOHN PIPER

La historia de una mujer sedienta

Distaba mucho de estar «bien». Durante años, había intentado actuar como si tuviera todo bajo control, poniendo una sonrisa ante cada dolor que invadía su alma, como si fuera un apósito. Pasaba por alto el abatimiento que reclamaba su atención desde lo profundo de su ser, y se convirtió en una profesional en fingir la respuesta «Estoy bien» cuando la gente le preguntaba cómo estaba. Hasta que... todo se hizo añicos. No pudo seguir usando el disfraz de la perfección. Ya ni siquiera sabía cómo ponérselo. Sus raíces eran poco profundas y, cuando llegaron los vientos de cambio, el torbellino de sus emociones la derribó. Finalmente, admitió ante sí misma y ante el Señor: *«No estoy bien»*. Pero la pregunta rogaba una respuesta: *¿Está bien que un cristiano no esté bien?* Miró a Jesús y se sorprendió por la respuesta.

CUANDO ME SENTÉ EN LA OFICINA, miré alrededor y vi las diversas plantas que crecían en sus respectivas macetas de arcilla. No se veían distintas a la semana anterior; sin embargo, estaban vivas y estaba produciéndose un crecimiento invisible al ojo humano. Sentí que estas plantas que crecían lentamente eran como mis compañeras. Me recordaban a mi propia alma.

La mayoría de las veces, siento que no hay ningún cambio, como si estuviera estancada en el mismo lugar que la semana anterior. Pero, en realidad, está sucediendo un cambio desapercibido; hay un crecimiento bajo la superficie. Mediante las preguntas difíciles y las luchas de la vida, mis raíces crecen en profundidad. Para ser sincera, desearía que el crecimiento fuera más rápido, más visible, más obvio. Desearía no tener que sentarme en el consultorio de una terapeuta cristiana para hacer el esfuerzo de sanar y entender mis emociones dañadas y mis creencias.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

De inmediato, las lágrimas empezaron a caer de mis ojos. Su pregunta sencilla abrió la compuerta de la confusión que contenía mi alma. Las lágrimas siguieron fluyendo mientras desahogaba las cargas, las preocupaciones y los temores que agobiaban mi corazón.

Desde que tuve mi primer ataque de pánico, sentí que mi identidad era un desastre. Vivía cada día como una sombra de quien solía ser. En ese momento, no me di cuenta de que, al desarmar mi vida, Dios en realidad estaba volviendo a armarme.

Cada lágrima que caía no solo reflejaba mi quebranto, sino también la sanidad interior de Dios.

Era como si las lágrimas fueran la forma en que mi alma regaba lo que Dios estaba haciendo dentro de mí. Si la lluvia no cae, las raíces no pueden hacerse profundas ni haber crecimiento alguno para la planta. Si las lágrimas no caen, no puede profundizarse nuestra fe ni haber crecimiento en Cristo. Las lágrimas pueden ser el aguacero que Dios usa para cultivarnos, nutrirnos y sanarnos de adentro hacia afuera.

—No estoy bien —confesé, en medio de mis sollozos avergonzados—. Y eso *no* está bien.

—¿No? —preguntó ella—. Mira, está bien que un cristiano no esté bien.

Me costaba creer esas palabras. ¿Está en verdad bien no estar bien? Nunca antes lo había escuchado, pero, por primera vez, sentí la libertad de poder respirar. Había pasado la mayor parte de mi vida esforzándome para alcanzar la perfección, tratando de estar bien todo el tiempo, pero me hundía permanentemente. Estaba convirtiéndose en una búsqueda asfixiante.

Mientras las lágrimas desbordaban mis ojos, reconocí que no era nada más ese día que yo no estaba bien. En verdad, hacía varios años que no lo estaba. Había intentado tapar las grandes heridas de mi alma, con la esperanza de que eso detuviera el sangrado cuando necesitaba una sanidad más profunda que reparara la raíz que había debajo de mi herida.

Estaba demasiado sobrecargada, abrumada, hiperestimulada

y agotada, y no lo había superado. Entendía que algo debía cambiar, pero no sabía hacia dónde ir a partir de allí. Las raíces superficiales de mi corazón habían sido arrancadas por las tormentas de la vida y me sentía como maltratada por vientos huracanados. En la raigambre de mis creencias, no pensaba que fuera correcto no estar bien, y estaba derrumbándome.

¿CÓMO ESTÁS, *DE VERDAD*?

Si alguien te preguntara cómo estás, ¿qué le dirías? Tengo la sensación de que la mayoría diría algo como: «Excelente», o «Bien», o quizás «Bien, pero cansada». Respiramos; estamos vivas. Por lo tanto, debemos estar «bien». Pero, si eres como yo, también estás un poco (de acuerdo, muy) agobiada, tienes una larga lista de cosas pendientes por encarar y te sientes física, emocional y espiritualmente agotada.

«Excelente» o «bien» suele ser lo que decimos cuando no queremos que alguien pase a ver lo que *en realidad* sucede adentro. Tratamos de cambiar el tema de conversación mientras ignoramos el hecho de que las circunstancias de la vida están sacudiéndonos. La verdad es que vivimos la mayoría de nuestros días en la brecha donde el «bien» se encuentra con el agotada, apresurada, cansada y al límite de nosotras mismas.

Entonces, ¿cómo estás en este momento, *de verdad*? ¿Das vueltas en la cama por el estrés de las interminables listas de asuntos pendientes? ¿Por la autocompasión y por las comparaciones? ¿Es por desesperación o por desesperanza? ¿Es por

la presión de hacerlo mejor o de lograr más cosas? ¿Por los platos sucios acumulados que parecen gritar: «¡No tienes las cosas bajo control!»? ¿Por ir detrás del éxito, haciendo grandes esfuerzos, sin llegar nunca? ¿Por la realidad de lo que significa aferrarse a una esperanza en un mundo que muchas veces te hace sentir desesperada?

Si hemos echado raíces en el suelo poco profundo de este mundo (en las cosas que hacemos y en lo que podemos lograr en la vida) apenas lograremos sobrevivir a las tormentas. Solo cuando estamos arraigadas en Cristo podemos experimentar la vida que es auténtica, segura y libre.

EL RELATO DE LOS DEDOS NEGROS

Debo confesar que me siento un poco embustera por escribir este libro, cuando tengo la reputación de ser una asesina de plantas. La cantidad de suculentas y de plantas de interior de «fácil mantenimiento» que han sufrido sus últimos momentos en mi casa es vergonzosamente grande. Sin embargo, siempre aprendo lecciones de estas plantitas, en especial, de las que tienen la tenacidad de sobrevivir.

Cuando mi esposo Greg y yo vivíamos en las colinas de Tennessee, había un vivero en la misma cuadra de nuestra casa. De vez en cuando, pasaba por allí para comprar una nueva planta (o dos) para reemplazar a las que había matado. Fue en esa época en la que una amiga me regaló un paquete de semillas de zinnias. La imagen en la portada del paquete mostraba unas flores

púrpura, fucsia y naranja oscuro, con unas maripositas que aleteaban de un pétalo a otro. Cada vez que agarraba el paquete de semillas y admiraba la bella ilustración, volvía a dejarlo en su lugar, temerosa de meter esas hermosuras bajo tierra.

¿Cómo es posible que crezca una planta tan encantadora de una semillita?, me maravillaba. En la primavera siguiente y con la ayuda de las manos de jardinero de mi suegro, nerviosamente planté las semillas en un almácigo de plástico. Las revisaba todas las mañanas, esperando que una manchita verde apareciera en la tierra oscura.

Por fin, algo me llamó la atención. ¿De verdad era un indicio de una *nueva* vida? Efectivamente, desde lo profundo, un brotecito verde se estiraba hacia arriba.

Luego de eso, empezaron a aparecer cada vez más brotes en el almácigo. A medida que transcurrían los días, estos brotecitos crecieron y crecieron, hasta que... los maté. Salí de la ciudad y no pude regar mis plantines. Cuando regresé a casa, esas pequeñas preciosuras habían muerto. (No habrás creído que mis manos se habían vuelto hábiles para la jardinería tan rápido, ¿no?).

Este ejemplo describe la vida cultivada en su Palabra: imperfecta y siempre en progreso. La mujer cultivada en su Palabra no es una mujer perfecta, pero conoce al que es perfecto: el Jardinero que nunca falla. Ella no siempre está «excelente» ni está siempre «bien», pero echa raíces en la esperanza constante del evangelio.

A veces, está ocupada y distraída. A veces, descuida su

estudio bíblico. A veces, se deja caer en la desesperanza de este mundo arruinado. La diferencia es que ella no se queda para siempre en las situaciones del «No estoy bien». Siempre vuelve a Cristo, la piedra angular y la base de su vida. Esta es la sabiduría a la que está arraigada:

Sabe que Dios no la abandonará, nunca (ver Hebreos 13:5).
Sabe que no es plena cuando se aleja de él, pero que, en él, tiene todo lo que necesita (ver Efesios 1:3).
Sabe que el desánimo, el fracaso y la duda no tienen la última palabra (ver 2 Timoteo 1:7; Santiago 1:5-8).
Sabe que está bien no estar bien en este mundo caído porque, al final, todo estará más que bien en Cristo (ver 2 Corintios 4:8-12).
Sabe que no debe tener miedo a los sentimientos; los escucha, aprende de ellos y, cuando los atraviesa, se apoya en su Salvador (ver Salmo 42:1-3; 63:1-3).

La mujer cultivada en su Palabra es como una semilla plantada por Dios: crece constantemente en su gracia, sostenida por sus promesas.

LAS COSAS NO ESTUVIERON BIEN EN EL PRINCIPIO

En el principio, antes de que todo lo conocido existiera, se dice que la tierra «no tenía forma y estaba vacía, y la oscuridad

cubría las aguas profundas» (Génesis 1:2). La tierra no estaba bien desde el momento que empezó. La palabra hebrea para «amorfa» es *tohu*[1]. No había orden, vida ni luz alguna, pero el Dios Creador produjo vida, luz, belleza y propósito a partir de la superficie inmensa y vacía. De la nada, Dios creó todas las cosas. De la tierra yerma, hizo algo maravilloso.

Dios sabía qué estaba haciendo cuando creó la luz, la tierra y el agua antes de crear la vegetación y las plantas (ver Génesis 1:3-5). En los albores de los tiempos, el Jardinero Mayor creó las condiciones perfectas para el crecimiento. Hoy en día, manifiesta su creatividad, su poder y su provisión fomentando las condiciones para que la vida nueva crezca dentro de nuestra alma. Él es infinitamente paciente y mira a largo plazo en lo que se refiere a nuestro crecimiento.

Cuando planté esas semillas diminutas en los almácigos, algunas eran tan pequeñas que casi no podía verlas. Muchas semillas cayeron juntas en un agujero como para tener oportunidad de que una o dos echaran raíz. Después de plantarlas, las regué con un poco de agua, las puse al lado de una ventana y empezó la parte difícil: esperar.

¿Sabías que no puedes lograr que una planta crezca más rápido si te quedas mirándola? Es cierto; yo lo intenté. Lo que no recordaba era que el crecimiento estaba produciéndose bajo la tierra, mucho antes de que los brotes verdes fueran visibles. Cada día, la regaba y esperaba y, mientras tanto, Dios trabajaba.

NO ESTÁS BIEN SIN JESÚS

La historia de la creación refleja bellamente la historia de la salvación. Dios, el Autor de la vida y el Creador del tiempo, introduce la vida nueva en las caóticas almas humanas que luchan y que no están bien. Dios no es solo quien creó nuestro cuerpo; también crea las condiciones para nuestro crecimiento espiritual.

El apóstol Pablo usó esta analogía en su carta a la iglesia de Corinto: «Yo sembré, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento. Así que no cuenta ni el que siembra ni el que riega, sino solo Dios, quien es el que hace crecer» (1 Corintios 3:6-7, NVI). Si bien nosotros aportamos nuestra parte de hacer agujeros, poner las semillas, cubrirlas con tierra y regarlas, en definitiva, el crecimiento y la vida vienen de Dios. Así como Dios hizo la tierra y diseñó las semillas para producir alimento y belleza para la vida, creó las condiciones espirituales para que lo conozcamos y lo sigamos. Así como encendió el sol e hizo que la tierra diera vueltas a una velocidad perfecta (ni demasiado rápido ni demasiado lento), dispuso que nuestro corazón tenga anhelo de él y de la eternidad (ver Eclesiastés 3:11).

Dios puso a los primeros seres humanos en un jardín perfecto y hermoso. Sin embargo, este escenario idílico no duró mucho tiempo y, desde el momento que comieron el fruto prohibido, Adán y Eva no estuvieron bien (ver Génesis 3). La tierra tampoco estuvo bien. Fue maldecida, estropeada y devastada por el pecado y, aún en la actualidad, seguimos

cosechando esos efectos. Luego de la rebelión de Adán y Eva, Dios se dirigió directamente a ellos y repartió los resultados de su desobediencia. A Adán le dijo: «¡Maldita será la tierra por tu culpa! Con penosos trabajos comerás de ella todos los días de tu vida. La tierra te producirá cardos y espinas, y comerás hierbas silvestres» (Génesis 3:17-18, NVI). La tierra que había sido creada para dar frutos, ahora produciría cardos y espinas, dolor y decepción, sufrimiento y angustia. Cuando luchas contra la envidia, crecen las espinas. Cuando sientes amargura contra la persona que te traicionó, crecen las espinas. Cuando deseas algo que Dios no te ha dado, crecen las espinas.

Las espinas que nacieron en la tierra por causa de la maldición fueron apenas el comienzo. Más tarde, esas espinas causaron un dolor que nunca antes se había sentido y que nunca volvió a sentirse: el de la crucifixión de Cristo. El dolor que Jesús soportó en la cruz fue peor que el sufrimiento físico. También soportó la ira de Dios contra el pecado y cargó sobre sus hombros el peso de la depravación humana (ver Isaías 53:10). La misma maldición que Adán había cosechado como producto de su desobediencia fue clavada en la cabeza de Jesús en la forma de una corona de espinas (ver Romanos 5:12-21; Gálatas 3:13).

Cristo pasó a «no estar bien» por nosotras para que pudiéramos estar más que bien eternamente en él (ver Romanos 5:8). Cristo, el que creó el mundo verde y frondoso, y el que

generó vida y maravillas de la nada, cosechó las consecuencias del pecado *por* nosotras. Es casi demasiado escandaloso para ser cierto. Por eso, el evangelio nos demuele y, a la vez, nos restaura. Es tan maravilloso, tan indescriptible, implica tanta gracia, que se necesita una vida entera y toda la eternidad para que lo entendamos cabalmente. Cristo redimió las espinas de esta vida al ponérselas por nosotras (ver Mateo 27:29). Ya no somos regidas por las circunstancias destructivas de la vida ni estamos atascadas en fortificaciones implacables; somos libres y, al fin, estamos bien (más que bien) en él.

Aun en los momentos que la vida no está bien (cuando un oficial de policía se presenta en la puerta de tu casa con una noticia trágica, cuando en la casilla del correo electrónico aparece de repente una historia estremecedora, cuando tu hijo se rebela y se va de tu casa), acuérdate de la corona de espinas que traspasa la frente perfecta de Cristo, quien ahora está resucitado y tiene puesta una corona eterna de gloria (ver Apocalipsis 19:12). La mujer cultivada en su Palabra no es una mujer perfecta, pero muestra a la Persona perfecta que fue traspasada con espinas en lugar de ella. Es posible que aún crezcan las espinas del sufrimiento y de la angustia, pero no nos traspasan para siempre. Todo dolor que experimentemos vuelve a señalarnos a Cristo, que usó la corona de espinas para poner fin a la maldición causada por el pecado.

Charles Spurgeon, conocido como el «príncipe de los predicadores», dijo: «¡Espinas y cardos te producirá la tierra, pero

si estos te acercan más a Dios, son el mejor cultivo que puede producir la tierra!»[2].

ESTÁS MEJOR QUE BIEN EN CRISTO

Si me preguntara cómo estoy ahora, que he terminado de escribir este capítulo, respondería de una manera distinta. Aunque todavía tengo una larga lista de pendientes frente a mí, la casa desordenada alrededor y un mar de emociones agitadas en mi interior, la Palabra de verdad está obrando, reorientándome y recordándome que Dios es bueno, aun ahora. Mis circunstancias no han cambiado, pero la actitud de mi corazón cambia cuando miro a Jesús (ver Hebreos 12:1-3). A pesar de que aún hay cosas que me preocupan, Dios me recuerda que le importo. Esto es lo que la Palabra de Dios le hace a nuestros sentimientos y a nuestras luchas actuales: nos da lo que necesitamos, precisamente cuando lo necesitamos (ver Filipenses 4:19).

Cuando nuestras raíces se aferran profundamente en la bondad y en el amor inalterable de Dios, nada puede conmocionarnos ni quebrarnos para siempre. Su bondad y su amor constantes nos mantienen íntegras cuando la vida se viene abajo. Sirven de bálsamo curativo cuando las espinas caen sobre nuestra alma. Cuando no estamos bien, recordamos que nuestra actitud de alabanza no depende de la comodidad de nuestra situación, sino del hecho de que Dios es bueno, punto (ver Salmo 136). Esto es lo que el apóstol Pablo pedía en oración por los creyentes que atravesaban padecimientos: que no

se desanimaran, sino que «arraigados y cimentados en amor» pudieran conocer ese «amor de Cristo... que sobrepasa nuestro conocimiento» (Efesios 3:13-19, NVI). Jamás estarás vacía cuando estés llena de Jesús.

El mismo que hizo el mundo y lo redimió, un día, también restaurará al mundo para que esté *mejor* que bien: será glorioso y aun mejor que el Edén[3]. Las espinas del dolor, la tristeza, la duda y el abatimiento ya no crecerán ni echarán raíz en nuestro corazón (ver Apocalipsis 21:1-5). En lugar de ello, cuando moremos para siempre con Dios, cuya presencia nos dará luz, cosecharemos vida, gozo, abundancia y paz (ver Apocalipsis 22:5). Esperamos ese glorioso día, mientras Dios se ocupa del terreno de nuestro corazón (ver Romanos 8:19-25).

En este tiempo intermedio, asumimos las realidades de vivir en un mundo caído, a la vez que estamos profundamente arraigadas en la Palabra infalible de Dios. Estas raíces no pueden ser arrancadas ni eliminadas de la tierra. Son firmes y duraderas y crecen cada vez más profundas, día tras día. Cuando las cosas no están bien, esas raíces nos mantienen asentadas en la verdad que ya conocemos.

Afiánzate profundamente a la Palabra de Dios, y ella se afianzará en ti. Vivir la vida cultivada en su Palabra no significa estar siempre bien. Quiere decir que siempre crecerás más unida a Jesús y menos apegada a este mundo. Incluso en los momentos cotidianos e inadvertidos, el Jardinero está ocupándose de tu alma y sanándola.

Por lo tanto, espera con esperanza. Un día, todo estará mejor que bien en él. Hasta entonces, deja que las espinas y los cardos de la vida te acerquen más a él y atraviesen tu corazón con la verdad del evangelio.

LA MUJER CULTIVADA

EN SU PALABRA RENUNCIA

A LA VIDA ESFORZADA

A CAMBIO DE UNA VIDA

PROFUNDAMENTE ARRAIGADA

EN LA PALABRA DE DIOS.